

29

Colección
Ciencias Sociales

MUNDO IMAGINADO Y SIGNIFICADO. Discursos contemporáneos y comunicación

Compiladores

Nicolás Chalavazis Acosta

María Cristina Machado Toro

UPB

Universidad Pontificia Bolivariana

302.2

Chalavazis Acosta, Nicolás, compilador

Mundo imaginado y significado. Discursos contemporáneos y comunicación / Nicolás Chalavazis Acosta y María Cristina Machado Toro, compiladores --

1 edición-- Medellín: UPB. 2023 -- 104 páginas. -(Colección Ciencias Sociales, 29)

ISBN: 978-628-500-116-1 (versión digital)

1. Discursos 2. Estudios de comunicación 3. Ensayos literarios

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Gabriel Lotero Echeverri

© Nicolás Chalavazis Acosta

© Harold Salinas Arboleda

© María Cristina Machado Toro

© Adriana Mora Arango

© Ana María López Carmona

© Marta Isabel Hincapié Uribe

© Daniel Santiago Cortés Ramírez

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana

Vigilada Mineducación

Mundo imaginado y significado. Discursos contemporáneos y comunicación

ISBN: 978-628-500-116-1 (versión digital)

DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-116-1>

Primera edición, 2023

Escuela de Ciencias Sociales

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Ciencias Sociales: Omar Muñoz Sánchez

Coordinadora (e) Editorial UPB: Maricela Gómez Vargas

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de Estilo: Editorial UPB

Foto Portada: Imagen de Freepik

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Medellín - Colombia

Radicado: 2292-02-10-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Desde la otra escena Una página en blanco en el libro de la vida

Maria Cristina Machado Toro

*¿Y si la ficción fuera precisamente no el más allá,
ni el secreto íntimo de lo cotidiano, sino el trayecto
de flecha que nos golpea los ojos y nos ofrece todo
lo que aparece? Entonces lo ficticio sería, además,
lo que nombra las cosas, las hace hablar y les da
en el lenguaje un ser compartido ya por el poder
solemne de las palabras.*

—Michel Foucault, De lenguaje y literatura.

En la infancia del mundo, los hombres tejieron incontables leyendas: las fauces de un dragón temible capaz de asolar la tierra, los designios de las estrellas, la fertilidad convertida en brote de junco, los ojos de un venado silencioso, el mazo de un gigante. Desde mitos, cánticos y rituales, la grandeza y la destrucción se refleja en las sombras cuando demonios y espíritus se vuelven palabra. Las viejas historias que narran la conquista de una tierra inundada con la sangre de inocentes se mezclan con la mítica presencia de un rey noble o un caballero que cruza montañas y valles dispuesto al sacrificio. Las crónicas de viaje, la increíble marcha a un nuevo descubrimiento, el recuento de batallas y amores perdidos a menudo se canta con

la voz de un dios antiguo que dicta tras un lenguaje cifrado, la imposibilidad de asir la vida en bruto, su lengua descarnada.

Tallamos en piedra y luego en arcos y espadas; en el cielo dibujamos figuras para contar una historia. Con temor a perder los trazos del recuerdo, grabamos las imágenes que luego serían carácter, letra, signo, y así, con un gesto que aún no desaparece, sin importar el instrumento, continuamos consagrando el mágico ritual de la escritura.

Escribimos, leemos, leemos, escribimos y en un laberinto que se entrecruza pasamos de una calzada a otra sin darnos cuenta. Los garabatos que salen de la mano logran crear otros sueños y esos andares misteriosos forjan la semilla de una nueva realidad. Tal como le sucede a Alicia o a Bastián Baltasar Bux¹, en un momento inesperado nos encontramos en la sustancia de una dimensión diferente con su viscosidad, su humedad y las incontables sensaciones que despierta. En estos mundos lo que no puede ser dicho se presenta ante nuestros ojos, se comprende por principio y, por una vez, nos revela cuánto hemos andado en una búsqueda que aún no comprendemos, pues solo allí, en esa otra escena, ciertas preguntas se hacen visibles.

Tomamos un libro entre las manos y ¿qué tenemos frente a nosotros? Un texto que presenta situaciones, afectos, miradas. Un texto que embellece el mundo habitado. Un texto que traiciona y miente, una obra maestra o simplemente un juego de palabras. El libro habla y nos dice algo a cada uno: su sentido no podría replegarse al afán de la interpretación, a las cárceles del sentido, su ser como obra de arte es precisamente lo que sobrevive y perdura; siendo atemporal e inacabado, nos invita a recorrerlo.

Este escrito no pretende una disertación conceptual sobre la literatura o la crítica de una obra en particular. En su lugar, sólo busca recrear la fábula tejida entre las ensoñaciones y la apuesta de las imágenes que fueron escritas después de viajes intensos por caminos de letras; en suma, la conversación íntima de un lector con el libro que se desliza entre sus dedos. Quien se sumerja en estas páginas po-

1 "la cabeza de Bastián le daba vueltas. ¡Era exactamente el mismo libro que estaba leyendo! Lo miro otra vez. Sí, no había duda: el libro que tenía en las manos era el mismo del que se hablaba. Pero ¿cómo podía aparecer ese libro dentro de sí mismo?" (Ende, M. 2012, p. 223)

drá escuchar la resonancia de varias voces que sirvieron para dar vida a este entramado, el cual se presenta como un ensayo inconcluso, pues de este modo, podrá seguir siendo un camino abierto a futuras travesías. Le doy gracias a la letra de los autores que animaron las palabras: Lewis Carroll, Michael Ende y especialmente a J. R. R. Tolkien, quien fundó en mí el deseo de volver a los orígenes, y con su cosmogonía me ha permitido anclarme de otro modo a esta tierra.

Preludio. Una canción a las estrellas

*Oh estrellas que en un año sin sol
ella sembró con luminosa mano,
en campos borrascosos, ahora brillante y claro
vemos tu capullo de plata esparcido en el viento.*
—J.R.R. Tolkien. El señor de los anillos.

Mucho antes de que la rueda de los días comenzara a girar por las márgenes del tiempo, le fue concedido al humano un don preciado: seríamos seres libres capaces de modelar nuestra vida, tendríamos la opción de arrastrar nuestra miseria a las profundidades del mar o vagar por tierras perdidas hasta derrumbarnos. Podríamos dedicar nuestra corta existencia a encontrar nuevos caminos o detenernos, transitar sin dejar huella o levantar la mirada para contemplar el firmamento y en su lienzo, recrear historias que nunca sucedieron.

La gracia divina que nos fue otorgada conlleva el misterio del sueño y del olvido, la posibilidad de atravesar la frontera de lo visible para encontrarse frente a frente con un universo enteramente nuevo. El don recibido nos ha permitido vagar por distintas sendas, habitar paisajes inhóspitos y, desde el exilio, soñar con un retorno a aquellas tierras venturosas donde las canciones se funden con la vida.

Tratamos, entonces, de petrificar la existencia. Con los astros escribimos el paso de lo divino a lo humano, la lanza victoriosa, la ferocidad de la batalla. Luego en arcilla y cuero escribimos la marcha de los viajeros, el arraigo de la semilla; escribimos, al fin, la ventura de la palabra, reinventamos un pasado y dimos nombre a un origen que nos es desconocido.

Entre seres extintos y otros aún por descubrir, la humanidad se hizo tan hermosa y ruin como la misma naturaleza. Un espectro inagotable de matices cubre los rostros revelando una maleable belleza; somos criaturas voraces que reptan por el fango para erguirse luego en máquinas sublimes. El logos que nos da forma y nos constituye recrea el sueño de la inmortalidad, dejando una marca irreversible en el devenir de nuestra especie. Las palabras se transforman y las narraciones no cesan; el símbolo surca la memoria del planeta, el cual conserva en su materia el trabajo de las manos, la piel cubierta, la nota de un instrumento milenario que recrea una y otra vez la vida compartida, su fin inexorable.

La palabra va unida a la muerte. Con ella se intenta poner límites al paso de las horas, se preserva lo que perece y le damos un sentido al acontecer. El lenguaje que crea es aquel que nos acerca a lo imposible. Mediante la palabra, la historia se conserva entre piedras que se resquebrajan, y por ella, augurios y promesas se tornan futuros posibles. La palabra nos singulariza, nos hace ser uno entre los otros, pero en ella misma, nos volvemos brizna, parte de un universo común que se repite una y otra vez en las voces del mundo. El canto que sale de nuestra boca no es nuestro propio canto; tratamos de reconocernos, de sabernos parte de la sinfonía, pero de nuestras pisadas solo quedan huellas de ficción, ecos que narran de manera desacompasada una singular travesía.

Desde el umbral

Tal vez un hombre pueda sentirse dichoso de haber vagado por ese reino, pero su misma plenitud y condición arcana atan la lengua del viajero que desee describirlo. Y mientras está en él resulta peligroso hacer demasiadas preguntas, no vaya a ser que las puertas se cierren y desaparezcan las llaves.

—J.R.R. Tolkien. Sobre los cuentos de hadas.

Mi palabra no alcanza a tocar la sombra que deja el paso por la tinta, es claro, no lograré nombrar las imágenes que se forman tras mis parpados, las sensaciones incontables que golpean mi cuerpo; qui-

siera cerrar los ojos y viajar. Aparece solo en algunos instantes entre la letra escrita el deseo de aproximar con palabras la experiencia, y aunque sólo sea un impulso, lo intento. Un acto temerario, sin duda, que se dirige a un lector en particular: mi propio semblante estupefacto, conmovido, que busca insistente seguir el rastro de una pregunta que aún no logro formular.

Un año, dos, siete y quizás más; aún está allí, siempre abierto con alguna página señalada por el papel del dulce que acompañó el café de un mediodía. ¿Cuándo pasará la página? Tal vez tengo miedo de romper esta relación silenciosa que se volvió ritual, obsesión, promesa. Sí, aún deseo retener algunos pasajes de esta obra para acompañar el día de mi muerte. ¡Que el cielo me conceda tal ventura!

¿Qué hay en esas líneas en las que se derrama la poesía, en las que el verde se funde con el gris plateado y el oro estremece las hojas alcanzando a tocar el sueño de algún rincón sagrado? ¿Qué hay además de la esperanza? Otra esperanza, pero no ya la del futuro, sino, más bien, una esperanza que yace anclada a las raíces.

Entre cantos y leyendas se descubre la virtud como algo esquivo y resbaladizo; la atrocidad se presenta ante mi sin necesidad de parpadear. La acepto, y aunque la probabilidad de identificarme es casi nula, siempre queda el vestigio de una elección primera, de un esfuerzo decidido, de una expresión infantil perdida tras el endurecimiento del cuerpo, pero en este mundo magnífico, creado con tanta delicadeza y cuidado, hasta el último rincón queda visible. Las grietas son arrebatadas a la oscuridad para mostrar a los lectores que hay una oscuridad todavía más densa que las tinieblas y túneles secretos por donde es posible escapar. Cada libro me recuerda que los cielos reflejados en las cumbres guardan la memoria de los hombres.

Abro el libro y me doy cuenta de que el viaje ha comenzado. Un amanecer se acerca y el color lentamente roba oscuridad al paisaje que se abre ante mí, el manto de la niebla huye hacia los prados, en el horizonte se dibuja un nuevo día. Un acto rápido, sutil pero decidido, un acto que no alcanza a surcar el pensamiento. Así parto: sigo el curso de caudalosas aguas, serenas y traicioneras, descifrando la grafía escrita en lienzos que se desmoronan. Navego por mares que quiebran la tierra y la cincelan, atravieso los confines de la noche, aprieto la marcha hasta que al fin me detengo para escuchar una vieja historia acompasada por el crepitar de una hoguera.

Del desenlace nada puedo saber; mientras tanto, me pierdo, me demoro en este otro lado de las páginas y sigo incansable la búsqueda ¿de qué? No logro advertirlo. Sin embargo, no me detengo. Como la palabra que escapa, quedo suspendida, tratando de atrapar con la punta de la lengua un gesto que me regale una certeza. Entre los dientes feroces, el frío acero de la noche, la ceniza que impide la saliva, una mano me acaricia el rostro, una frágil figura me abriga y una palabra me empuja a recordar la suavidad de la hierba, la frescura del agua, la vida.

De las grandes leyendas algo pequeño me detiene; vuelvo a ello con insistencia, y como un perro que busca el rastro en un camino enlodado, sigo la intuición y releo. Así me regocijo en los detalles, dejo que escapen algunas lágrimas y aunque ya conozco el relato, no deja de tomarme por sorpresa; la mano que se extiende, el tiritar de un cuerpo que desfallece, una mirada que pasa inadvertida, la leve sonrisa en una noche muda. Basta una señal de ternura para advertir lo inalcanzable. Mientras las sensaciones toman cuerpo en mi cerebro, yo me reconozco, me doy cuenta de la fugacidad de mi espíritu, de mi propia soledad, de mi abandono.

Un despertar al otro lado de la escena

*El camino sigue y sigue
desde la puerta.*

*El camino ha ido muy lejos,
y si es posible he de seguirlo
recorriendo con pie decidido*

*hasta llegar a un camino más ancho
donde se encuentran senderos y cursos.
¿Y de ahí a dónde iré? No podría decirlo.*

—J.R.R. Tolkien. El señor de los anillos

¡Esto es real! De pronto el grito en mi cabeza alcanza a tocar las fibras nerviosas que me obligan a abrir los ojos. Una y otra vez esa vocecita que ahora se devuelve como un eco silencioso me asalta en el correr

de los días. La trama obsesiva de mi vida se entrelaza con la ficción y esto no me permite avanzar ¿Adónde podría ir? Los círculos se cierran una y otra vez, pero algo me dice que puedo salirme un momento del ovillo para mirarlo desde fuera.

¿Cuál hilo seré en esta madeja? ¿Por qué caigo de modo tan natural en el tejido de las imágenes? En un abrir y cerrar de ojos me doy cuenta de que estoy dentro de la historia y me acomodo fácilmente en ella. Algunas veces me pregunto si acaso hay algo que no logré superar en la infancia, o no alcancé a atravesar la barrera que marcaba claramente el límite entre lo imaginario y lo «real». Sí, reconozco que hay algo de ello, pero no basta con entenderlo, no basta con matar mis quimeras mirando los ojos de los transeúntes para así acabar con el hechizo. En este momento quisiera dar vuelta atrás y mirar cómo el hilo de la vida se une a la fabulosa existencia de seres que se crean entre las letras escritas de mis libros y los surcos de mi cerebro.

En el viaje que avanza no existe contrato ni meta señalada, no marcharé para ir a recuperar un tesoro; tampoco estoy dispuesta a abatir dragones. Incluso creo que esta no es mi propia aventura. Sin embargo, luego de leer algunas líneas, la fuerza del relato se impone ante la voluntad de mantener la distancia y, al dar vuelta a la página, tengo la sensación de estar dentro y a la vez afuera, existiendo en un espacio intermedio que acoge otra forma de experiencia. Ahora el cuerpo abrigado no me contiene, y aun así, la mano que sostiene el libro no alcanza a tocar las hojas que se desprenden de aquellos árboles en un otoño lejano. Algunas sendas se abren y el recorrido depende de una apuesta anticipada. Expulsada o no, la elección es clara y el hechizo de las palabras me empuja a continuar.

El objeto, antes rígido e impenetrable, se torna una fuente de misterio capaz de despojarme de mis certezas. Cada paso descubre el camino que yace a mis pies, algunos atajos agilizan un tramo del trayecto otros en cambio permanecen en la sombra. Camino en círculos siguiendo a un personaje que me guía; cada vez es más notable su presencia. En medio del paisaje que se colorea, un ser que comienza siendo un punto en el papel se va desplegando entre los caracteres. Admiro su semblante casi imperturbable, me conmueve su soledad, su tristeza, la posibilidad de habitar el mundo a través de un otro que ignora, próximo, muy próximo al extravío. Corre,

avanza, se aquietta, se desanima y cuando se levanta, atrapa en el aire el final del acertijo. Frente a él he pensado la palabra «compasión», pero sería más justo decir «concordia», ya que un latido al unísono es tal vez lo que nos ata, un nudo invisible de reflejos.

Me sorprende el capricho de las lágrimas; siento mío el dolor de aquel protagonista de un cuento de hadas. ¿Cómo funcionan estas cosas? Aún las emociones me logran desconcertar. El dolor ahora es sólo mío; no hay vergüenza, no tengo que disimular. Por un momento acepto mi corazón roto y el cursi anhelo de un amor imposible; puedo derrumbarme en la calle y llorar sin más, puedo gritar que no comprendo, puedo odiar, desear la muerte... en fin, aceptar mi frágil condición. Me miro en el espejo de la vejez y digo *tengo miedo*, anhelo como la niña que una vez fui y que ahora me devuelve una imagen prístina de lo que soy.

Tengo el recurso maravilloso de detener la escena, volver a dibujar el gesto segundo a segundo, ver cómo va brotando la arruga en la comisura de sus labios, cómo sus ojos comienzan a cerrarse, cómo brilla una luz pálida en sus pupilas. Sí, el gesto, “esa arquitectura de la nada”, como lo describe bellamente Cortázar (2004, p. 108), algo minúsculo, fugaz, imperceptible a la conciencia: allí se enclava la mirada.

Los gestos son microacciones, cada uno un instante diferente y singular. Es en el gesto que me detengo, en la acción contenida, la acción previa, súbita e irreconocible. Un gesto que atraviesa el rostro y que, al tocar la propia materia con delicado trazo, va componiendo la sinfonía del relato, sus matices y tonalidades, sus silencios y secretos, su imposible. Al final nos damos cuenta de que una mueca llega a ser lo más cercano a lo comprensible. Es un gesto el amor, es un gesto el sacrificio, es un gesto la partida. El protagonista del relato se va consumiendo, su propio sueño se va desdibujando. Tras la máscara del personaje se descubren los más arriesgados saltos, pero en el último salto la máscara se rompe. Algo se ha quebrado y en este punto es inevitable sentir que él y yo caemos a un abismo de dolores compartidos; caemos a un espacio plagado de dolores pequeños: el destello de la duda, una promesa que no se cumple, una fracción de segundo que se interpone.

Cuántas veces me he preguntado por qué permanezco, por qué me devuelvo y releo con insistencia, por qué en tramos difíciles

no abandono el camino y me salgo de las páginas para ingresar al murmullo cotidiano de las calles. Pese a la incertidumbre, vuelvo a emprender la marcha; las razones parecen desvanecerse y me aferro a quienes van delante. Me despojo de mi pasado, dejo atrás el futuro y decido andar, sabiendo que es un desenlace ineludible el que me espera. Lentamente me desprendo de la vida tal como creo conocerla y acepto en mí lo desconocido.

El dulce amargo de un final no deja de conmovirme. Aquello que se pierde de manera irremediable queda grabado en alguna parte de mi experiencia, pasa de las manos a los recuerdos, de las ensoñaciones a la vivencia. Quiero retener ese instante en el que la muerte puede nombrarse, en el que caer de golpe equivale a abrir una nueva puerta de mi realidad. Al cerrar el libro noto con sorpresa que la brújula gira sin norte. Por un instante no logro separarme; igual que al abrir los ojos luego de un sueño intenso, no reconozco la distancia entre aquel ser petrificado de las páginas y aquel que se estremece por el compás involuntario de la respiración.

La primera pregunta que me asalta es entonces aquella referida a mi propia búsqueda: ¿qué empujó mi curiosidad a este espacio mágico del libro? La respuesta inmediata me lleva a advertir el impulso de estimular el espíritu con un exceso ¿Cómo sostener la existencia sin un tinte de dramatismo en los días? Es aburrido, sin duda, seguir la cuenta del reloj sin el ligero toque de lo excepcional. Cuando los adornos de la mesa comienzan a abrigar el polvo, cuando me habitúo al monótono cansancio, se vislumbra la posibilidad de dar el salto. Sería más propicio quedarse sentado, acostumbrarse; aun así, la vida por sí misma no se sostiene.

Abrir la página de nuevo es una elección de vida, desandar o ir hacia adelante, cada paso se elige y, en el mismo momento en que se cruzan las fronteras, sombras y voces intentan de nuevo habitarme. Por curiosidad, por evasión, por un recurso innato de supervivencia, doy la bienvenida a una realidad creada, prestada y sólo en parte compartida. El curso de la trama previamente trazado no impidió que me diera cuenta de que el recorrido es enteramente diferente para cada uno, y al final no es fácil deshilar la madeja cuando se trata del propio rastro. Por ello muchas de mis pisadas y de mis palabras ahora duermen atrapadas al otro lado de la escena.

Una salida posible de Fantasía

Si pudiésemos retroceder en el tiempo, tal vez encontrásemos que los detalles han variado en el cuento o que han dado paso a otras narraciones. Pero mientras hubiera un Thor, habría siempre un «cuento de hadas». Y cuando cesase el cuento, no quedaría ya sino el trueno que ningún oído humano habría escuchado aún.

—J.R.R. Tolkien. Sobre los cuentos de hadas.

¿Y cómo poder soltar la vida sin querer arrebatar un pedazo de este universo? Las sensaciones se van desdibujando, el dolor causado por un puñal, una mordedura, un agujón no es nada ahora, es sólo un reflejo lejano de otro dolor más antiguo. Llegamos hasta el final, él y yo en lados diferentes de la página. ¿Acaso podría ser distinto? Cierro lentamente el libro y trato de separarme; ahora tengo la oportunidad de escribir mi propio desenlace. Desvío la mirada y trato de enfocar las paredes y, al igual que al regresar de un largo viaje, el espacio que habito es ahora lejano e imposable.

El poder de transmutar la tierra en cielo ha cesado. Al final de este trayecto atesoro lo aprendido y desisto al acto soberbio de intentar cambiar el curso del mundo. Ahora, mis manos sólo pueden alcanzar la gracia de atrapar en el aire una hoja desprendida que vuela por la inercia del viento. Me voy descomponiendo en tantos fragmentos, polvo de lo que he sido. Las marcas, los recuerdos, la búsqueda, la prisa, el cansancio... todo va quedando atrás, se desvanece. Ahora estoy ante un nuevo comienzo y la levedad, la simple levedad de la existencia, me permite contemplar de manera renovada una realidad posible y siempre transitoria.

He pasado por tramos ardientes, la materia se ha transformado y ahora busca su nuevo ropaje. Mariposa, pétalo, arroyo: allí está la gracia, el juego. Cada partícula es forjada por un leve movimiento, como la oruga que cede en un imperceptible crujido a la composición de un ala a la espera. Nadie escucha el canto que encierra ese gesto leve; sucede rápido como el transcurrir de una vida. Ese gesto, en sí mismo, es la vida.

Al final, alejada del ruido de las calles, de la velocidad frenética, de los reportes de noticias, acaricio el lomo del libro, y entre

los colores y formas que empiezan a borrarse reconozco algo de mi propia condición. A menudo me escucho diciendo que el arte revela lo que somos, pero hoy reconozco un vacío en esta afirmación: en aquella historia no estaba yo. En su lugar, el libro me revela sueños de lo que algún día quisiera llegar a ser o me enfrenta a aquellos rincones de lo humano que nunca lograré comprender. El arte traza un sentido nuevo sobre los difusos caminos que atravieso en la escena de lo cotidiano.

La luz distorsiona y las sombras se hacen densas; la distancia es, sin duda, infinita. Hemos inventado un mundo a través de las palabras, hemos creado sueños en los que algo de nosotros se realiza. Pero ¿de quién hablan realmente esos relatos? ¿Qué seres se crean en estas páginas? Hay un espacio abierto entre el suelo que piso y el suelo que pisan aquellos personajes de los libros, una línea infranqueable nos separa, delgada y fina, pero impenetrable. Los seres que allí habitan se me parecen, pero nunca alcanzarán a ser mi reflejo. Camino, entonces, tras su rastro con el entusiasmo de retener a través de la lejanía de las letras un instante de fábula y existencia.

Después de mucho tiempo, he logrado comprender que a este lado del telón no hallaré lo que busco, pues realmente aquel que se refleja en mis libros dista mucho de mi espíritu. Habitamos mundos diferentes, estamos en dos dimensiones lejanas. En las grandes historias, el amante es también un guerrero, la espada se esgrime con el ideal de una época, la muerte lleva la marca del valor de la vida. El amor y la guerra son dos filos inseparables, dos cinceles de nuestra especie. Sin embargo, aquí, fuera de las páginas, los estruendos de los misiles retumban y hablan de un hombre despojado de sus sueños.

Podría hacer un tratado de los actos heroicos con sus hazañas; el paso en la incertidumbre, la renuncia, la caída, pero mi propio relato se mezcla con el de este héroe derrotado y lo que hallo es una posibilidad de redención en el último minuto, una fugaz posibilidad de redención, el amor en su estado puro, la reconciliación con la belleza, en un acto que me salva. Tal vez por eso hemos creado un mito y de manera insistente lo seguimos escribiendo: buscamos un recuerdo perdido, una pieza que falta en el rompecabezas, dibujamos de manera incansable la cura que redima las fallas de nuestra orfandad.

Referencias

- Cortázar, J. (2004). *Último round*. Siglo XXI Editores.
- Ende, M. (2012). *La historia interminable*. Punto de lectura.
- Tolkien, J.R.R. (1977). *El señor de los anillos: La comunidad del anillo*.
Minotauro.
- Tolkien, J.R.R. (2013) *Cuentos del reino peligroso*. Minotauro.